

LOS LAICOS PROTAGONISTAS DE LA “NUEVA EVANGELIZACIÓN” EN EL TERCER MILENIO (*)

POLICARPO DELGADO PERDOMO
PROFESOR DEL CET

La presente intervención pretendo desarrollarla en tres momentos. En primer lugar, me referiré, preferentemente, al pensamiento de Juan Pablo II sobre “la nueva evangelización”.

Trataré, luego, de presentar el significado y la fundamentación teológica de la misión del laicado, recogiendo también algunos elementos del magisterio de los Obispos españoles

Finalmente, ofreceré un panorama de los grandes retos que la Iglesia tiene planteados frente al tercer milenio que se abre ante nosotros, lleno de incertidumbres y de esperanzas.

I. LA “NUEVA EVANGELIZACIÓN”

1. JUAN PABLO II Y LA “NUEVA EVANGELIZACIÓN”

Si la esencia de Dios es el “amor”, la identidad más profunda de la Iglesia, lo sabemos bien, es la evangelización. Jesús ha venido para evangelizar,

(1) Lección inaugural del curso 2001-2002

la Iglesia existe para evangelizar⁽¹⁾. Por consiguiente, todos los cristianos, asociados o no, tienen en el "deber de evangelizar" la forma más cierta de obediencia a la voluntad del Padre, que quiere que todos los hombres se salven por Jesucristo.

Desde la clausura del Vaticano II, la Iglesia -muchas veces entre los dolores de una gestación dolorosa- profetiza la urgencia de una profunda renovación espiritual, y de un nuevo impulso evangelizador, que abarque a todo el pueblo de Dios en los diversos oficios, estados, y ministerios, suscitados por el Espíritu.

Por primera vez, Juan Pablo II, dirigiéndose al CELAM, habló de *nueva evangelización, nueva en su ardor, en su métodos, en sus expresiones*⁽²⁾. Estas palabras nos ofrecen luz y coraje, porque estamos convencidos que sólo el Espíritu con su unción profética, puede hacerlas auténticamente eficaces, haciendo que en el corazón de los bautizados vuelva a arder el Evangelio de la salvación.

En 1988 explica estas características y dice que la evangelización será "nueva en su ardor" si en la medida que se actúa crece, en quien la lleva a cabo, la unión con Dios.

Será "nueva en sus métodos"⁽³⁾ si se realiza por todo el pueblo de Dios. Será "nueva en sus expresiones", si se hace conforme a lo que el Espíritu sugiere.

El primer anuncio, por tanto, que según el Papa- deberá dar esta evangelización será este: *El hombre es amado por Dios (...)* La palabra y la vida de cada cristiano pueden y deben hacer resonar este anuncio: Dios te ama, Cristo ha venido por ti...⁽⁴⁾.

Porque -continúa- "la evangelización es el esfuerzo de la Iglesia de proclamar a todos que Dios les ama. Que ha ofrecido la propia vida por ellos en Cristo Jesús y que les invita a una vida eterna de felicidad"⁽⁵⁾.

Para Juan Pablo II "Esta nueva evangelización dirigida no sólo individualmente a las personas sino también a las enteras facciones de la población (...) está destinada a la *formación de comunidades cristianas maduras*. (...). Los laicos están llamados a realizar su propia tarea en la

(1) Cf. PABLO VI, *La evangelización del mundo contemporáneo* 14, Madrid 1975, p. 15.

(2) JUAN PABLO II, a los Obispos del CELAM, Haití, 9 de marzo de 1983, en la "Traccia" 3 (1983), p. 269.

(3) JUAN PABLO II, Homilía en Salto, Uruguay, 9 de mayo 1988, en la "Traccia", 5 (1988), pp. 523-525.

(4) JUAN PABLO II, *Christifideles laici* 34, Madrid 1989, pp. 78-81.

(5) JUAN PABLO II, a los Obispos de Estados Unidos, 17 de marzo de 1998, en la "Traccia" 3 (1998), p. 257.

formación de semejantes comunidades eclesiales, no sólo con su insustituible testimonio (la consagración del mundo a través de los distintos ámbitos humanos), sino también con la acción misionera hacia cuantos todavía no creen o no viven ya la fe recibida en el bautismo”⁽⁶⁾.

Indicaciones todas que el Santo Padre da para una evangelización verdaderamente nueva, como la siguiente, son muy importantes: “No se puede evangelizar, si antes no somos evangelizados, si no se es personalmente objeto de evangelización”⁽⁷⁾. Y explica: “Nutrirse de la Palabra, para ser siervos de la Palabra en el compromiso de evangelizar: es esta seguramente una prioridad para la Iglesia al comienzo del tercer milenio, porque solamente un hombre transformado por la ley del amor de Cristo (acogida del evangelio) puede realizar una verdadera *metanoia* (= *conversión*) de los corazones y de la mente de otros hombres, del ambiente, de la nación o del mundo (...). La transformación del hombre se convierte así en fuente del testimonio que el mundo espera. Ello se resume antes que nada en el amor al prójimo, en las obras de misericordia”⁽⁸⁾.

El Santo Padre concentra, por tanto, la reevangelización personal en la práctica del amor, en la que está toda la ley y los profetas. Amor, que él entiende debe ser vivido por cada uno, pero también por más personas, llegando a ser amor recíproco.

De hecho, sabemos que él, hace pocos meses, en la *Nono Millennio Ineunte* ha sintetizado el deber de la formación evangélica de cada cristiano en la actuación del Mandamiento Nuevo. Y ha invitado a todo aquel pueblo que desde el año 1983 había llamado a la “nueva evangelización” (es decir desde los que están en el vértice de la institución de la Iglesia hasta el último fiel) a vivir las exigencias de la “espiritualidad de comunión”⁽¹⁰⁾. Espiritualidad de comunión que El Santo Padre ve posible si todos tienen como modelo, como clave de la comunión, el rostro sufriente de Jesús abandonado.

Justamente los primeros cristianos para revelar el rostro de Cristo al mundo se centraban en el amor recíproco. *En esto reconocerán que sois mis discípulos, si os amáis los unos a los otros* (Jn 13,35). Este amor recíproco es necesario en orden a la evangelización, hasta el punto que el Papa afirma: “De la misma manera, y más aún, que para las verdades de fe, la nueva evangelización que propone los fundamentos y contenidos de la moral cristiana

(6) JUAN PABLO II, *Christifideles laici* 34, Madrid 1989, pp. 78-81.

(7) JUAN PABLO II, a los peregrinos de la Diócesis de Torun, 19 de febrero de 1998, en “La Traccia” 2 (1998), pp. 174-175.

(8) JUAN PABLO II, *No o Millennio Ineunte* 40, Madrid 2001.

(9) JUAN PABLO II, a los peregrinos de la Diócesis de Torun, 19 de febrero de 1988, en “La Traccia” 2 (1988), p. 175.

(10) JUAN PABLO II, *No o Millennio Ineunte* 43, Madrid 2001.

manifiesta su autenticidad y, al mismo tiempo, difunde toda su fuerza misionera, cuando se realiza a través del don no sólo de la palabra anunciada, sino también de la palabra vivida. En particular, a través de *la vida de santidad*, que resplandece en tantos miembros del pueblo de Dios”⁽¹¹⁾.

El pensamiento del Papa es que “la nueva evangelización, como la de siempre, será eficaz si es capaz de proclamar desde los techos lo que antes ha vivido en la intimidad con el Señor”⁽²¹⁾.

Por otra parte, afirma el Pontífice: “Es necesario volver a encender en nosotros el impulso de los orígenes dejándonos invadir por el ardor de la predicación apostólica después de Pentecostés”⁽¹³⁾.

Y comenta el estado actual de las cosas: “seguramente ha pasado en los países de la antigua evangelización, la situación de una sociedad cristiana, que, no obstante las debilidades que siempre acompañan lo humano, se refería explícitamente a los valores evangélicos. Hoy se debe afrontar (...) una situación que se hace cada vez más comprometida en el contexto de la globalización y del nuevo y cambiante cruce de pueblos y de culturas que la caracteriza (...). Debemos, por tanto, revivir en nosotros el sentimiento encendido de Pablo, el cual exclamaba; ¡Ay de mi si no predicase el Evangelio” (1 Cor 9,16)”⁽¹⁴⁾.

Finalmente, se muestra convencido de que los Movimientos eclesiales representan un verdadero don para la nueva evangelización y para la actividad misionera propiamente dicha de la Iglesia⁽¹⁵⁾.

A modo de síntesis, podemos subrayar los puntos esenciales apuntados por el Papa sobre la nueva Evangelización:

- La “nueva evangelización” debe ser nueva en el ardor, es decir, realizada de tal manera que, en la medida que se lleva adelante haga crecer en el que la realiza, la unión con Dios.

- Para llevar a cabo “la nueva evangelización” el Papa quiere que todos los miembros de la Iglesia, del entero pueblo de Dios estén implicados.

- La “nueva evangelización” debe comenzar con el gran anuncio: “Dios ama a lo hombres”.

- La “nueva evangelización” está destinada –así lo quiere el Papa– a la formación de comunidades cristianas maduras.

(11) JUAN PABLO II, *Veritatis Splendor* 107, Madrid 1993, p. 136.

(12) JUAN PABLO II, *Vita consecrata* 81, Madrid 1996, p. 143.

(13) JUAN PABLO II, *Mo o Millennio Ineunte* 40, Madrid 2001, p. 40.

(14) JUAN PABLO II, *No o Millennio Ineunte* 40, Madrid 2001, pp. 39-40.

(15) JUAN PABLO II, *Redemptoris Missio* 72, Madrid 1991, pp. 99-100.

– Para realizar “la nueva evangelización”, es necesario antes ser evangelizados nosotros mismos.

– Hay que evangelizar también con la palabra.

Ya no existe una sociedad cristiana, existe la globalización con un cruce de pueblos y de culturas que la caracterizan.

2. UNA EVANGELIZACIÓN IMPULSADA POR EL ESPÍRITU

Pablo VII afirmaba en la *Evangelii Nuntiandi: Sin el Espíritu la evangelización no será jamás posible* ⁽¹⁶⁾. En efecto, sin una nueva efusión del Espíritu no será posible una nueva estación evangelizadora en la Iglesia. Será, por tanto, posible la primavera de la evangelización a través del despertar de los carismas proféticos y del testimonio franco del nombre de Jesús Señor y Salvador. En este sentido destacamos:

– *Evangelización nueva en su ardor*: consideramos nuevo evangelizador a aquel que la tenido realmente un encuentro especial con Cristo, se ha enamorado de Él y quiere contagiar a todos con su entusiasmo; el nuevo evangelizador es un profeta, plasmado por el Espíritu sobre el modelo bíblico de Ezequiel, en cuatro actitudes que contradistinguen, tal como se lee en el libro de Ezequiel: *Escucha lo que te digo, abre la boca y come lo que te doy; luego vete a los hijos de tu pueblo y háblales* (Ez 2,8; 3, 1-11). El evangelizador se nutre de la palabra, la come, la asimila, siente el gusto; es una palabra “cocida por el Espíritu, que arde sobre los labios, que no se puede contener, sino que debe ser anunciada.

– *Evangelización nueva en sus métodos*: estamos convencidos de que el nuevo evangelizador es aquel que es impulsado por el Espíritu a servir una Iglesia menos clerical /y más comunitaria, por lo tanto, con una mayor participación de los laicos en la vida de la Iglesia. Ciertamente un aspecto nuevo del método, en sentido estrictamente pastoral, es justamente la dimensión comunitaria de la evangelización, es decir, evangelizar no a través de individuos aislados o confiando el oficio profético a unos pocos, sino a través de grupos de oración, potenciando las células y las pequeñas comunidades, fortaleciendo los núcleos familiares, dinamizando los ministerios de animación y de evangelización específicos. Método en el que también los más pobres, los mas simples se convierten en sujetos y agentes de evangelización. Valen las palabras de Pablo: *No son muchos los sabios según la carne, no muchos potentes, no muchos nobles. Dios ha elegido lo que en el mundo es nada, para que ninguno pueda vanagloriarse delante de Dios* (1 Cor 1,26-29).

(16) PABLO VI, *La e angelización del hombre contemporáneo*, 75, Madrid 1975, pp. 65-68.

– *Evangelización nueva en sus expresiones:* Vemos al nuevo evangelizador como aquel que es dócil al espíritu, que se dirige al corazón antes que a la mente, porque el Espíritu es amor. Es el corazón habitado por el espíritu que inspira al hombre gemidos, suspiros, gestos y expresiones mediante las cuales la pasión por el Evangelio puede ser contagiada a los hombres de nuestro tiempo, olvidados de Cristo. Un corazón vivo, vivificado por el Espíritu, no sabrá contener el gozo de expresar el amor de Dios, de tal manera que incluso el cuerpo, con su lenguaje, se acordará al corazón venciendo las resistencias de la razón que muchas veces impide al Evangelio desplegar toda su fuerza emotiva, hasta llegar al estupor ante la presencia de Jesús vivo en medio de nosotros.

Pedro dirá a la muchedumbre reunida en el día de Pentecostés: *Arrepentíos y que cada uno de vosotros se haga bautizar, para la remisión de vuestros pecados, luego recibiréis el don del Espíritu Santo* (Act 2, 38). La verdadera vida cristiana comienza con una conversión a la persona de Jesús, pero incluye esencialmente el don del Espíritu Santo. Todos los evangelios presentan a Jesús como aquel que bautiza con el Espíritu Santo. La efusión del Espíritu santo manifiesta algunos efectos específicos que deben encontrarse en la vida de un cristiano: una nueva y experiencial relación con Dios, (El Abba) y con Jesús (El Señor); un nuevo y profundo gusto por la oración y por la palabra de Dios; una nueva unión y compromiso con los otros en una relación de amor, de gozo, de fraternidad verdadera; la capacidad de permanecer fieles a la sana doctrina y el coraje de testimoniar la propia fe.

Si se quiere hablar de una gracia particular en la Iglesia de nuestro tiempo, esta está ligada justamente a la persona del Espíritu Santo. El siglo pasado será recordado en la historia de la Iglesia, esperamos que antes que por otras cosas, como el siglo del despertar del Espíritu Santo. Si en la realización de la historia de la salvación Pentecostés se sitúa al final, en su aplicación, en su referencia a la vida está en el comienzo. Nosotros, por tanto, no terminamos con el Espíritu Santo, sino que comenzamos con Él. En la vida de la Iglesia y de cada uno de nosotros el Espíritu Santo no viene al final, como coronación de todo, o como premio por lo que hemos hecho. Es verdad todo lo contrario, Nosotros no podríamos hacer nada, si no tuviéramos el Espíritu Santo.

La evangelización no será posible sin la acción del Espíritu Santo. Jesús comienza su misión evangelizadora con “el poder del Espíritu Santo” (Lc 4,14) y promete la misma fuerza a los apóstoles, casi constringiéndoles a quedarse quietos, a permanecer en oración, *hasta cuando* –dice Jesús– *no hayáis recibido la fuerza de lo alto para ser mis testigos* (At 1,8b).

Permanecer en oración el tiempo necesario para que el Espíritu venga y nos prepare a anunciar a Jesús. La oración prepara la venida del Espíritu que

nos hace capaces de ser evangelizadores. Este es el verdadero cumplimiento de Pentecostés en nuestra vida, en la vida de la Iglesia: experimentar la intimidad con el Señor, en la oración, para acercar -con el anuncio del evangelio- a los alejados a Jesús.

Toda la enseñanza de Jesús, la misma misión de Jesús está orientada a la entrega del Espíritu Santo: hoy sólo mediante el Espíritu, como a partir de Pentecostés para los apóstoles, es posible difundir el Evangelio, dar a Jesús al mundo.

Es necesario volver a la guía del Espíritu, es necesario recuperar esta guía profética, desde la oración. Esta es la verdadera técnica que un evangelizador debe desear. Las técnicas, los métodos de evangelización son buenos, pero ninguno de ellos, más aún, ni siquiera todos juntos, pueden sustituir la acción discreta, sorprendente y siempre nueva del Espíritu Santo en nosotros, que sólo en la oración podremos encontrar. Por tanto, más oración y menos técnica; más profecía y no sólo discursos teológicos.

Sin el Espíritu, incluso la preparación más refinada no realiza nada; sin el Espíritu todos los esquemas de catequesis basados sobre datos sociológicos y psicológicos se revelan vacíos.

Hace falta más abandono en el Espíritu y menos seguridades humanas. Para evangelizar sirve más la simplicidad evangélica que el sólo recurso a las ciencias.

El Evangelio es comunicación de corazón a corazón: es un anuncio inmediato, sin mediaciones, sin superestructuras. Debemos revelar a Jesús y no a nosotros mismos. Es Cristo quien debe aparecer y no nuestras invenciones comunicativas.

Es necesario volver a hablar de Jesús, porque la fe nace de la escucha. Rom 10.4.17: *¿Cómo podrán creer sin haber oído hablar? ¿Y cómo podrán escuchar, sin que ninguno lo anuncie?* La fe depende de la predicación de la palabra de Cristo, sin olvidar lo que está escrito en Ap 19,10.

Sin una fe operante, nuestra vida llega a ser mediocre, privada de la gloria de Dios, no sirve para nada hablar de la fe si ésta no es activa, si no se pone en práctica.

No podemos anunciar lo que no tenemos en el corazón; no podemos contar lo que no hemos experimentado: aquí está el secreto de una evangelización eficaz. La palabra que nosotros proclamamos es una palabra de fe, es un profesión de fe, es siempre reconocer a Jesús. Sólo un palabra verdaderamente creída podrá ser verdaderamente anunciada, es decir resulta verdadera, creíble, atrayente para quién la recibe.

El Evangelio es palabra de verdad: recibir el Evangelio es realizar la verdad; anunciar el Evangelio es enseñar a los hombres cómo se puede ser verdaderamente felices, en Jesús, si se es auténtico.

La verdad sobre el hombre, la verdad sobre la vida, la verdad sobre la familia. Hay hambre y sed de verdad. Todos gritan que tienen la respuesta, pero en muchos casos son respuestas al margen de Cristo. El primer medio de evangelización es el testimonio de una vida vivida a la manera de Cristo.

No hay Reino de Dios sin evangelización

No hay evangelización sin la efusión del Espíritu

No hay efusión del Espíritu sin la oración

De hecho:

De la oración (*espera*), Pentecostés (*la venida del Espíritu*)

De Pentecostés, la evangelización (*una buena noticia: Jesús es el Señor, está vivo*)

De la evangelización, el crecimiento del Reino de Dios.

Juan Pablo II afirma con rotundidad: "No, no será una fórmula lo que nos salve, pero sí una Persona y la certeza que ella nos infunde: ¡Yo estoy con vosotros!"⁽¹⁷⁾.

Por ello, la evangelización es una cuestión fundamental para la vida de la Iglesia en cuanto que ella constituye su razón de ser. Y, sin embargo, desde hace tiempo, sentimos hablar de nueva evangelización. Nos parece importante reafirmar que la evangelización debe respetar el método de Dios: el encuentro con el hombre que comienza con la vocación de Abrahán. Al hombre antes que pedirle comportamientos morales, hace falta mostrarles el rostro de Dios en el acontecimiento de Cristo. Como dice Juan Pablo II: "Como a aquellos peregrinos de hace dos mil años, los hombres de nuestro tiempo, tal vez no siempre conscientemente, piden a los creyentes de hoy no sólo hablar de Jesús, sino en un cierto modo que se lo hagan ver" ¿No es tal vez tarea de la Iglesia reflejar la luz de Cristo en cada época de la historia, hacer resplandecer su rostro también ante las generaciones del nuevo milenio?"⁽¹⁸⁾.

Ciertamente, durante mucho tiempo ha prevalecido el reclamo de las exigencias morales respecto al anuncio del Acontecimiento de Cristo. Cansábamos a los fieles, pero no les describíamos el contenido, el método con el Dios está salvando al mundo. Dábamos por presupuesto o por obvio, al

(17) Cf. JUAN PABLO II, *No o Millennio Ineunte* 29, Madrid 2001, p. 28.

(18) *Ibidem*, p. 17.

menos metodológicamente, el contenido dogmático del cristianismo, su ontología, simplemente el hecho de la fe.

Sin embargo, en la Iglesia hoy se ha difundido una prevalencia de la ética sobre la ontología. Esto conduce también a la confusión en el sentido religioso y de fe. El equivoco está presente y toca la cuestión de la “nueva evangelización”. En algunas situaciones la conciencia del hombre moderno está más dispuesta a la pregunta por el sentido y el significado, preparando así el terreno favorable para la nueva evangelización. Pero esta posición no es aún la de la fe cristiana. Ésta es un acto de la razón, movido por la gracia del Espíritu, que acompaña al hombre a reconocer y adherir a Cristo, presente en la historia, redentor de los hombres: *El redentor del hombre, Jesucristo, es el centro del cosmos y de la historia.*

Cristo es el nuevo principio de conocimiento y de acción. El contenido de la evangelización es un problema de conocimiento (el Evangelio habla de conversión del corazón). Muchas veces la predicación se centra en exigencias éticas, presentando el cristianismo como una carga de deberes, buscando coincidencias con valores comúnmente compartidos. Pero el cristianismo no es reductible a un programa de vida moral.

La belleza que salva al mundo es la novedad del Acontecimiento Cristo. Un Acontecimiento que hace nueva la vida del hombre. La evangelización entendida como anuncio de este Acontecimiento, hace nueva la vida. En este sentido conviene hablar de “nueva evangelización”.

La evangelización debe ayudarnos mutuamente en la maduración de la fe, siendo fieles a la tarea a la que El Señor nos ha llamado. Por pura gracia nos convertimos en comunicadores de este Acontecimiento que nos ha tocado, demostrando la utilidad y la creatividad de la fe en los ámbitos de la vida cotidiana. De hecho la fe tiende a informar toda la vida, llegando a ser la forma de la persona y de todas sus manifestaciones.

En la inolvidable jornada del 30 de mayo de 1998 el Papa ha indicado en los movimientos eclesiales *la respuesta providencial a los dramáticos desafíos del nuevo milenio*. Una respuesta, sin duda suscitada por el Espíritu. Por tanto, los nuevos movimientos eclesiales representan las expresiones visibles de la “nueva evangelización” de la Iglesia porque son fruto de la incansable genialidad del Espíritu Santo.

Los movimientos aparecen como una emergencia carismática que, junto a otras muchas experiencias eclesiales, responden a la necesidad sentida hoy de resituarse, refundar y revitalizar la experiencia cristiana.

Esto no significa formar “un bloque de movimientos” en la Iglesia, sino más bien reconocer que los carismas en su diversidad y complementariedad

cooperan a la utilidad común. La unidad se vive en torno al Papa y a los obispos con el Papa. Para realizar esta unidad es necesario crecer en la espiritualidad de comunión como ha indicado el Papa en la *Novo Millennio Ineunte* y desear realizar la oración de Jesús para lograr la unidad de todos los discípulos *para que el mundo crea* (Jn 17, 15-18).

Al comienzo de este nuevo milenio los movimientos eclesiales no están llamados a una cuasi autoocupación de la Iglesia, sino más bien a hacer presente en todos los ámbitos de la vida humana la presencia del Señor que salva. La evangelización es verdadera promoción humana.

II FUNDAMENTACIÓN TEOLÓGICA DE LA MISIÓN DEL LAICO

1. POBREZA DE ESPÍRITU DE LOS FIELES LAICOS, INDICADA POR EL TÉRMINO LAICADO

En la *Novo Millennio Ineunte*, después de haber recordado las palabras de Jesús "duc in alto", el Papa Juan Pablo II nos señala que hemos vivido el Año Jubilar como un recuerdo del pasado y como una profecía del futuro⁽¹⁹⁾. El recuerdo del pasado no es fácil. El siglo XX ha sido, en gran parte, el intento por olvidar sus horrores y de ahogar sus momentos dolorosos en el éxtasis de la música popular o en el olvido de espectáculos reales y virtuales. Pero sus atrocidades no pueden limitarse a ser cantadas por un coro de niños. En el año Jubilar el Papa nos ha pedido pensar en los mártires cristianos de dicho siglo. En realidad el Jubileo ha sido un profecía sobre el futuro.

En este contexto, quisiera afrontar brevemente el tema de la misión de los laicos en la evangelización del siglo XXI. Sabemos que el término laicado es ambiguo. Su definición es genérica: pueblo distinto del clero. Se resiste a la clasificación de una diferencia específica. El concilio Vaticano II en una definición clave rechazó ser más específico: "Con el nombre de laicos se entienden todos los fieles a exclusión de los miembros del orden sagrado y del estado religioso" (LG 31). Se podría decir, por tanto, que los laicos no son ni religiosos ni sacerdotes. Parece que el no ser fuese la característica de laicado: ni sacerdotes, ni monjes, ni religiosos. Se define por exclusión, excluyéndoles de formas que cualifiquen posteriormente a los cristianos. El clérigo está bautizado y tiene un ministerio, el religioso está bautizado y tiene un estilo de vida.

Definir el ser del laicado, evidenciando su contenido positivo mediante los sacramentos de la iniciación conduce a un cierto nivel de confusión. Es

(19) Cf. JUAN PABLO II, *No o Millennio Ineunte* 1, Madrid 2001, p. 3.

verdad que se es laico mediante el Bautismo. La LG lo afirma diciendo: “los fieles... han sido incorporados a Cristo por el bautismo” (LG 31). Pero el bautismo es también común a los sacerdotes y a los religiosos. Muchos sostienen que el contenido del término laico es exclusivo.

Este escapar a una definición es un signo de pobreza y de libertad de espíritu del laicado. Su pobreza se experimenta de modo singular. La plenitud se encontrará solamente ofreciéndola libremente al otro. Está modelada sobre la pobreza que se refleja en Jesús.

Por otra parte, algunas reflexiones de la GS pueden aclarar posteriormente la pobreza y la espiritualidad laical. Los cristianos usando y gozando de las criaturas en la pobreza y en la libertad de espíritu se introducen en la verdadera posesión del mundo, de tal manera que, al mismo tiempo, nada tienen y todo lo poseen. De hecho, todo es vuestro, vosotros sois de Cristo y Cristo de Dios, según Pablo. Esta pequeña palabra (*fruens*), gozando, unida a la palabra clásica, usando (*utens*) abre ante nosotros una nueva forma de espiritualidad. No ya caracterizada por la fuga o el horror al mundo, sino más bien por una responsabilidad en y para el mundo, responsabilidad que es camino de santidad. Pobreza y libertad de espíritu son la esencia de la vida y de la misión del laico bautizado en el nuevo milenio.

2. LA POBREZA DEL LAICADO ESTÁ MARCADA POR LA RESERVA ESCATOLÓGICA

Ciertamente, son grandes las perspectivas de compromiso y las implicaciones en la misión de la Iglesia que se han abierto para todos a partir del Concilio. El Vaticano II está señalando un camino que, además de clarificar la identidad de los laicos, supone un estudio de las enseñanzas del Concilio sobre la naturaleza escatológica de la Iglesia, en el capítulo de la LG titulado: El carácter escatológico de la Iglesia peregrina y su unión con la Iglesia celeste. En él el Concilio enseña que “la Iglesia es sacramento universal de salvación” (LG 48).

El punto central de la historia es el acontecimiento del Verbo de Dios, encarnado, muerto y resucitado, de su exaltación a la derecha del Padre y de la efusión del Espíritu Santo. Es el Misterio Pascual. El ejercicio de la libertad humana se mide, por tanto, sobre la base de este acontecimiento y en relación al mismo. En la palabra y en los sacramentos, la Iglesia sobre la tierra es signo de la Iglesia celeste. En el sacramento de la Eucaristía los laicos encuentran exactamente descrita su propia identidad y su conciencia escatológica en el confesar el “Misterio de la fe”: *Pues cada vez que comemos de este pan y bebemos de este cáliz, anunciamos la muerte del Señor hasta que venga* (1 Cor. 11, 26).

En la *Dies Domini* el Papa ve la celebración dominical de la Eucaristía como punto central de la identidad escatológica y de la experiencia del pueblo de Dios: "En la perspectiva del camino de la Iglesia en el tiempo, la referencia a la resurrección de Cristo y el ritmo semanal de esta solemne conmemoración ayudan a recordar *el carácter peregrino y la dimensión escatológica del pueblo de Dios*. En efecto, de domingo en domingo, la Iglesia se encamina hacia el último "día del Señor", el domingo que no tiene fin. En realidad, la espera de la venida de Cristo forma parte del misterio mismo de la Iglesia y se hace visible en cada celebración eucarística. Pero el día del Señor al recordar de manera concreta la gloria de Cristo resucitado, evoca también con mayor intensidad la gloria futura de su "retorno"⁽²⁰⁾.

La Eucaristía dominical es el sacramento o signo de la venida de Jesús. La Iglesia es signo del Reino ya presente, pero no todavía en su plenitud. Estando ya presente en el mundo, la Iglesia apunta hacia y es un sacramento de eso que aún no es. El Concilio nos enseña también que la Iglesia "es el reino de Dios ya presente en el misterio" (LG 3). En la Iglesia, el Reino madura progresivamente en la historia como una semilla que tendrá su manifestación final al término de la historia. Un día la humanidad coincidirá con el reino de Dios.

La Iglesia como sacramento, es una institución en la historia, con estructuras, jerarquía, miembros y límites bien visibles. Al mismo tiempo, revela y desvela la verdadera realidad de las cosas. Por su parte, el mundo no está simplemente sometido al dominio del mal, pero tampoco es todavía el reino de Dios. El mundo combina de modo inseparable los dos sentidos que la revelación le atribuye. Por un lado, el sentido de una criatura "muy buena" que agrada a Dios desde el comienzo de la creación y, por otra, la de un incansable enemigo de los discípulos de Jesús. Más que los sacerdotes y que los religiosos, los laicos en el mundo viven la tensión de la Iglesia sacramento: el misterio del ya y del todavía no.

La parte más larga de la *Evangelium Vitae* se desarrolla sobre este trasfondo de la reserva escatológica de los laicos en el mundo político. Según el Papa es necesario y urgente recuperar "los elementos fundamentales de una visión entre la relación entre la ley civil y la ley moral"⁽²¹⁾. Y continúa diciendo: "En el caso de una ley intrínsecamente injusta, una ley que permitiera el aborto o la eutanasia, no es jamás lícito obedecer o tomar parte en un acampana de propaganda a favor de esta ley o votarla"⁽²²⁾.

(20) JUAN PABLO II, *Dies Domini* 37, Madrid 1998, p. 51.

(21) JUAN PABLO II, *Evangelium Vitae* 71, Madrid 1995, pp. 130-133.

(22) *Ibidem*, pp. 135-137.

Dando testimonio, libremente, del carácter escatológico del bautismo en Cristo, el laicado se constituye en portavoz de un signo invisible: La Iglesia católica es el sacramento de la salvación universal. La forma más dramática e inolvidable de este testimonio es el martirio. Dos tercios de todos los mártires cristianos han muerto en el siglo XX. Desde Méjico a Albania, desde Corea a Ucrania, desde África a la Guerra Civil española, decenas de millares de católicos han testimoniado con su sangre que el poder político no es todo. Es realidad, han respondido con decisión en el momento del testimonio cristiano.

Los mártires cristianos afirman que la felicidad última del hombre se puede encontrar sólo en la contemplación del rostro de Dios. Esta afirmación resume la reserva escatológica y constituye el horizonte para juzgar las acciones económicas, políticas y sociales. Resiste a cualquier tiranía. La aportación indispensable de los cristianos a la formación de cualquier cultura se encuentra justamente en el ejercicio de la reserva escatológica. Por tanto, ellos afirman que toda forma de estado, de política y de sociedad viene después.

Junto a la reserva escatológica está la llamada universal a la santidad. La santidad ocupa el capítulo quinto de la LG. Todos están llamados a la santidad, y todos hemos recibido una misión divina en la sociedad y en la historia. Ningún pretexto puede justificar el abandono de esta misión. En la *Veritatis Splendor* el Papa indica que las bienaventuranzas son “indicaciones normativas” para la vida moral. En su originalidad y profundidad son una especie de autorretrato de Cristo y por esto son invitaciones al discipulado y a la comunión de vida con Cristo ⁽²³⁾. Con los dones del Espíritu, las bienaventuranzas son señales de santidad. Los que viven las bienaventuranzas son capaces de discernir la complejidad de las cuestiones que afectan al mundo sobre la naturaleza y lo sobrenatural, sobre la gracia y el poder, sobre la atracción del poder y la inevitable cruz.

El discurso de la Montaña es la ética del laicado, es el camino hacia la santidad. Jesús se ha declarado Hijo de Dios y, al mismo tiempo, ha hecho visible su absoluta pobreza y vulnerabilidad, renunciando a todo el poder terreno. Los que reciben la promesa de salvación son los pobres de todo tipo, es decir aquellos que, libremente, se han hecho pobres en sus actitudes internas o que se han vaciado y purificado, los humildes y los pequeños.

Ni el cosmos ni la humanidad iluminan lo más profundo del corazón de la historia. Más aún los discípulos atribuyen “con desinterés” su significado definitivo al autovaciamiento, al amor kenótico de Dios. Aquí se discierne nuevamente la pobreza esencial del bautizado. La santidad de los laicos, es

(23) Cf. JUAN PABLO II, *Veritatis Splendor* 16, Madrid 1993, pp. 135-136.

decir, su desinterés radical y el desapego de todo lo que no es amor de Dios, es la base de su reserva escatológica. Cada juicio y cada acción en su vida debe ser medida sobre el acontecimiento central de la historia: el despojamiento de sí, el amor salvífico del Hijo crucificado de Dios. Siendo bautizados en una muerte como la de Cristo, los cristianos laicos a través de su libertad ya han profesado su pobreza de espíritu.

3. LA POBREZA DE LOS FIELES LAICOS ESTÁ MARCADA POR SU CARÁCTER SECULAR

La identidad escatológica de los fieles laicos y la conciencia de sí mismos dan forma a lo que el Concilio llama el propio carácter secular. De hecho, el Concilio afirma que el estilo de vida que distingue a los laicos es específicamente este carácter secular. "El carácter secular es propio y particular de los laicos... Viven en el siglo, es decir, en todos y cada uno de los deberes y ocupaciones del mundo, y en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social, con las que su existencia está como entretejida" (LG 31). Además, el Concilio refiere el carácter secular a la llamada escatológica. "Así los laicos quedan constituidos en poderosos pregoneros de la fe en las cosas que esperamos (cf. Hebr 11,1), cuando sin vacilación, unen a la vida según la fe la profesión de esa fe" (LG 35).

En la *Christifideles Laici*, el Papa define también la vida cotidiana de los laicos en términos de escatología. "Es una realidad destinada a encontrar en Jesucristo la plenitud de su significado". Más tarde elabora el mismo esquema escatológico "El mundo llega a ser así el ámbito y el medio de la vocación cristiana de los laicos, porque el mismo está destinado a glorificar a Dios Padre en Cristo"⁽²⁴⁾. Tanto el Concilio como el Papa especifican que la forma peculiar del carácter secular de los laicos deriva de su identidad escatológica realizando su misión en el mundo.

Para el laico no existe nada equivalente a la regla de San Benito. Y esto no es una observación marginal. Revela una vez más la pobreza esencial de espíritu emblemática de la identidad y de la misión de los laicos. Las circunstancias únicas en la vida de cada laico resaltan todavía más en su propia espiritualidad que en las reglas generales desde los religiosos y de los sacerdotes.

Por otra parte, debe quedar claro que la especificidad y la identidad laical de la vocación no derivan de una dignidad particular. Más bien emergen de dos centros de la vida del laico: la Iglesia y el mundo. Los laicos actualizan sea la presencia de la Iglesia en el mundo, sea la presencia del mundo en la

(24) JUAN PABLO II, *Christifideles Laici* 15, Madrid 1989, p. 32.

Iglesia. Cada laico es un elipse que abraza estos dos puntos centrales: él esta sea en el corazón del mundo, sea en el centro de la Iglesia. Él siente en sí las tensiones y los tonos debilitados de las dos. Es un centinela de guardia para los dos. A cada uno anuncia los mensajes y las señales que vienen del uno y del otro. Su experiencia de fe abraza sea el ya, que el todavía no del Reino presente en el mundo y visible en la Iglesia, pero no co-extensivo.

El carácter secular de los laicos clarifica, además la pobreza de espíritu. En la profesión, en la política, en las familias, los laicos están en contacto con modos de pensar de sentir, de actuar que procuran tensiones a su identidad eclesial. Además, sufren lo que el Evangelio de la Iglesia pide en la complejidad de las realidades civiles, sociales y económicas de la propia vida cotidiana.

Por cuanto los cristianos laicos pertenecen plenamente sea a la Iglesia que al mundo, el uno y el otro hacen parte de su ser más íntimo, experimentan las heridas de los conflictos recíprocos, de las incomprensiones, de las indiferencias y de los rechazos. Por una parte compartiendo las sensibilidades, los ritmos, los estilos de vida y las presiones de la época, sienten dentro el malestar de toda la Iglesia. Ni siquiera la Jerarquía de la Iglesia es capaz siempre de comprender las demandas de la cultura laica y de responder a sus necesidades. Por otra, como creyentes pertenecientes a una Iglesia que los laicos aman con pasión y cuya visión comparten, los laicos participan en un drama mundial en el que Dios aparece estar al margen de la vida, drama que oculta con el sentimiento la falta de amor.

4. LA UNCIÓN DE LOS LAICOS POR EL BAUTISMO: ¿ES PARA EL PODER O PARA EL SERVICIO?

En la *Christifideles Laici*, el Papa enseña: “He aquí un nuevo aspecto de la gracia y de la dignidad bautismal: los fieles laicos participan, según el modo que le es propio, del triple oficio -sacerdotal, profético y real- de Jesucristo. Este es un aspecto que nunca ha sido olvidado por parte de la tradición viva de la Iglesia”⁽²⁵⁾.

En el bautismo cada cristiano es ungido para la triple misión: la profética, la sacerdotal y la real. Esta misión no es externa a la identidad cristiana. Cada persona bautizada es profeta, sacerdote y rey. En el bautismo la misma forma de Cristo se imprime en el espíritu, alma y cuerpo, en el mismo ser del discípulo. La forma impresa se expresa en el triple ministerio de Cristo. Con la Encarnación, Él ha sido ungido como profeta, Sacerdote y Rey. Dado que están en Cristo, por eso los bautizados participan en la misma forma que define la identidad y la misión de Jesús de Nazaret.

(25) JUAN PABLO II, *Christifideles Laici* 14, Madrid 1989, p. 27.

El fundamento de esta triple misión laical se encuentra en el Nuevo Testamento: "Pero vosotros sois estirpe elegida, sacerdocio real, nación consagrada" (1Pt. 2,9). Por otra parte, las cuatro criaturas vivientes y los veinticuatro ancianos cantan también esta nueva misión cuando adoran el Cordero Celeste, "Tú eres digno de coger el rollo y de abrir los secretos, porque tú has sido inmolado y has rescatado para Dios con tú sangre a los hombres de toda tribu, lengua, pueblo y nación y los has constituido para nuestro Dios en un reino de sacerdotes y reinarán sobre toda la tierra" (Ap. 5, 9-10).

En el Concilio esta triple misión se coloca en el contexto de la diaconía de Cristo que "no ha venido para ser servido sino para servir y para dar la vida en rescate por muchos" (Mc. 10,45). Jesús es el modelo de la diaconía laical (Cf. Lc. 24,32). En los evangelios el término *diakonos* (siervo), es distinto de *doulos* (esclavo). El diácono realiza su servicio con dignidad responsable. Es verdad que el modelo de Jesús era el del Siervo Sufriente (Esclavo), pero este no es el tipo de servicio que se ha elegido como propio. "Ya no os llamaré siervos porque el siervo no sabe lo que hace su Señor; a vosotros os he llamado amigos porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer" (Jn. 15,14).

En realidad, una comunión de amigos describe de modo apropiado la comunidad de los discípulos. Para Jesús la imagen de amigo y de siervo van juntas. Un amigo en el discipulado de Jesús es uno que quiere "dar la vida por sus amigos" (Jn. 15,13).

Jesús llama a esta diaconía de amigos tanto a los ministros ordenados como a los laicos. Más aún, la diaconía adquiere un carácter diverso en un caso y en otro. En el primer caso, entre los ordenados asume el carácter de oficio (ministerio), de poder, de dignidad, de un representante oficial. En el segundo, la diaconía de los laicos se asocia no a la administración de los ritos sacramentales sino la vida cotidiana vivida en la Iglesia y en el mundo.

Si bien el servicio del laico es distinto del de los ministros ordenados, es igualmente precioso para la vida de la Iglesia.

En la diaconía laical se está fuera de la lógica del poder de los esclavos que viven en un mundo de coacción. Esta no es la lógica de una diaconía laical. La autorealización suprema de la diaconía de los laicos se realiza en el estar al servicio de los otros. La diaconía de los cristianos, pertenezcan al estado que sea, está siempre a favor de la validez de la comunidad de los discípulos y no de los privilegios.

Si es verdad que al comienzo he indicado que la identidad de los laicos consiste en el no ser sacerdotes o religiosos, ahora comenzamos a ver la

compleja belleza de la identidad laical. En realidad, la gracia conferida al laico encierra una vocación y una misión maravillosa. De hecho, el estado laical en la Iglesia no es ciertamente una masa indistinta y sin forma, cuya función es recibir pasivamente la gracia de Dios a través del ministerio de la Jerarquía; al contrario, esta gracia contiene siempre una misión, una tarea eclesial bien definida, y supone una responsabilidad para todo el cuerpo Místico de Cristo (1 Cor. 12,27). En verdad esto no está lejos del pensamiento de Pablo de confiar este carisma a cada cristiano en la Iglesia, porque está en la naturaleza de la gracia no sólo el unir la persona a la Iglesia, sino también el conferirle una misión personal. La misión personal dada por el Espíritu Santo está ligada al sacramento de la confirmación, gracias al cual el cristiano pasa de una vida receptiva y sin asumir responsabilidades, propia de un adolescente, a la de quien tiene voz y responsabilidad en el ámbito de la comunidad eclesial. Y dado que la gracia es siempre una gracia diversificada, supone siempre un desafío personal, ya que el laico recibe una misión inconfundible e inalterable en el ámbito de la comunidad eclesial.

Trataré de describir brevemente la misión profética, sacerdotal y real de los laicos indicada en la *Cristifideles Laici*.

4.1. LA MISIÓN PROFÉTICA DE LOS LAICOS

A través del sacramento del bautismo los laicos son ungidos (es decir consagrados) para compartir la misión profética de Cristo. Los laicos tienen un verdadero conocimiento de Cristo y la obligación de anunciarlo. Según el Concilio su misión profética nace de la unción bautismal: “La totalidad de los fieles, que tienen la unción del Santo (Cf. 1 Jn. 2,20-27), no puede equivocarse cuando cree, y esta prerrogativa peculiar suya manifiesta mediante el sentido sobrenatural de la fe de todo el pueblo, cuando “desde los Obispos hasta el último de los laicos” presta su consentimiento universal en las cosas de fe y costumbres. Con este sentido de la fe, que el Espíritu de verdad suscita y mantiene, el pueblo de Dios se adhiere indefectiblemente a la fe confiada de una vez para siempre a los santos, penetra más profundamente en ella con juicio certero y le da más plena aplicación a la vida” (LG 12).

Está claro que la misión profética de los fieles, expresada a través del “*sensus fidei*”, no comporta la existencia de una especie de “magisterio” de los laicos o de autoridad para enseñar, paralela a la de los obispos y del Papa. Ellos enseñan de modo activo, pero no con el mismo título de autoridad apostólica propia del Papa y de los obispos. Estos enseñan con autoridad vinculante. Los laicos enseñan por la fe interiorizada que han recibido con el bautismo y que ha madurado con la oración, con la liturgia y la vida cotidiana en la familia y entre la gente.

Su misión profética se desarrolla en un clima de gran preocupación y no poca ansiedad e incluso, a veces de miedo. Estas preocupaciones se pueden sintetizar en cinco temas: bioética; paz y guerra en el contexto de los conflictos culturales en el mundo; economía global y enormes masas de pobres; el sentido de la libertad humana en un mundo pluralista. En estos ámbitos se siente urgentemente la necesidad de profetas. La situación que vive el mundo es una especie de caos en movimiento donde el viento golpea todo al mismo tiempo. Estos vientos están secando las fuentes de la esperanza entre las nuevas generaciones.

Ciertamente, para cuestiones de tal complejidad no existen respuestas inmediatas y rápidas. Pero para los cristianos, es la hora decisiva del testimonio profético. Deben surgir profetas para afrontar estas situaciones. ¿Cómo? Insistiendo a tiempo y a destiempo que la felicidad se encuentra en el buscar libremente la verdad y el bien. Como todos los profetas, los profetas laicos proceden como quien camina en la niebla. Sin filtros, sin defensa, los laicos viven como profetas en medio de la plaza y en la familia. Están inmersos en las situaciones fragmentadas y contradictorias de cada día. En el fuego cruzado y caótico de los mensajes, en la intercesión de las relaciones frágiles, en la condisión de las emociones, del trabajo, de las tensiones y de las incertidumbres y las dudas de los demás hombres y mujeres. No obstante, adhiriendo plenamente al depósito de la fe y las enseñanzas de la Iglesia, los laicos en el ejercicio de su dimensión profética no hablan en nombre del Magisterio. Sin embargo, no tratan de esconder por miedo a los otros su pleno asentimiento al Magisterio. Y ni siquiera desean permanecer en el anonimato en el mundo y volver a las catacumbas. Por el contrario, la misión profética de los laicos exige un espíritu de diálogo abierto, y cuando es posible, confesar explícitamente la fe.

4.2. LA MISIÓN REAL DEL LAICO

A través del sacramento del bautismo, los laicos son ungido para compartir el oficio o la misión real de Cristo. Los laicos son llamados a gobernar a la manera de María, la Madre de Dios. Son llamados a gobernar realizando el orden del amor en las distintas comunidades. Como todos los grupos también para ellos existe siempre el peligro de retornar al caos. El orden del amor es en esencia el orden de la justicia y de la caridad. La realeza implica el poder, argumento que se discute mucho entre el clero y el laicado. Pero interpretar la misión bautismal de los laicos en clave política sería un error. El ejercicio de poder de los discípulos puede estar bajo el signo de la gracia o de la rebelión. La fuente principal de su poder es la caridad, única fuente de dignidad y potestad en la Iglesia y en el mundo.

En la vida interna de la Iglesia, la misión real de los laicos se ejercita de una manera que excluye toda forma de competición, de arrogancia o de privilegio. Su misión real está caracterizada por una capacidad de escucha y por un espíritu de obediencia y de servicio humilde. Y mucho menos el oficio real les sitúa en grado de contestar a la autoridad apostólica de la jerarquía.

El modelo último es Jesús. Surgen entonces una discusión sobre quien de ellos podía ser considerado el más grande. Él les dice: “los reyes de las naciones las gobiernan y los que tienen el poder se hacen llamar benefactores. Pero no será así entre vosotros; sino que el más grande entre vosotros hágase como el más pequeño y el que gobierna como el que sirve. En efecto, ¿Quién es el más grande el que está sentado a la mesa o el que sirve? ¿No es el que esta sentado en la mesa? Y sin embargo, yo estoy en medio de vosotros como el que sirve” (Lc. 22. 24-27).

Los cristianos laicos no trabajan en nombre de la Iglesia para conquistar la sociedad. Su misión real no les autoriza a tratar de ocupar funciones públicas, ni siquiera para implantar la cruz. El Concilio ha delineado la figura del laico maduro. En el contexto de sus competencias mundanas los contempla como responsables de sus propias decisiones. Según el Concilio el don de la sabiduría es el signo de esta madurez: “Es inmenso el campo del apostolado en los órdenes nacional e internacional, en los cuales los seculares son los principales administradores de la sabiduría cristiana” (AA 14). Por su parte, San Pablo describe esta sabiduría: “Nosotros predicamos a Cristo crucificado, escándalo para los judíos, y locura para los griegos. Él sin embargo, es Cristo, fuerza de Dios y sabiduría de Dios para aquellos que Dios ha llamado, sea de entre los judíos o de entre los griegos” (1 Cor. 1,22-23).

En el mundo, los laicos están en medio del caos violento que, por una parte, amenaza a lo individuos y a las comunidades, y por otra, experimentan la impotencia y la falta de la defensa de la cruz. La misión más importante es la de ir al encuentro de cada persona y de cada cosa con amor. No pueden descansar hasta que la Nueva Alianza del amor, que es la levadura de la historia, haya fermentado todo. La levadura cristiana transforma radicalmente el “buen sentido”. Incluso, si el mundo donde viven no fuese maduro para proponer plenamente el discurso de la montaña, la misión real del laico no es otra que testimoniar que la santidad es la forma de los bautizados que viven y trabajan en el mundo. En aquel discurso Jesús ha dicho: “Sed perfectos como es perfecto el Padre del cielo” (Mt. 5,48).

El modelo extraordinario de la realeza del laico se encuentra en la *kenosis*, en la autonegación de Jesús, prefiriendo los medios pobres. Pero los medios pobres se disciernen y se verifican como pobres, no en el triunfo terreno sino con el trofeo de la santa cruz. Con incalculable ironía, la realiza de

Jesús fue revelada en su pasión. Pilato dice a Jesús ¿con que tú eres rey? Jesús le responde "Tú lo dices; yo soy rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo; para dar testimonio de la verdad" (Jn. 18,37). Más tarde Pilato compuso la inscripción y la hizo colocar sobre la cruz "Jesús Nazareno. Rey de los judíos" (Jn. 19,19), proclamando así a la gente de Jerusalén la realeza de Jesús.

La LG en el capítulo IV, dedicado todo él al laicado afirma sin compromiso que en el centro de la historia está la contradicción de la vida que está muerta sobre la cruz. "Cristo habiéndose hecho obediente hasta la muerte y habiendo sido por ello exaltado por el Padre (Cf. Fil. 2,8-9), entró en la gloria de su reino. A El están sometidas todas las cosas, hasta que El se someta a Sí mismo y todo lo creado al Padre, a fin de que Dios sea todo en todas las cosas (Cf. 1 Cor. 15, 27-28). Este poder lo comunicó a los discípulos, para que también ellos queden constituidos en soberana libertad, y por su abnegación y santa vida venzan en sí mismos el reino del pecado (Cf. Rom. 6,12). Más aún, para que sirviendo a Cristo también en los demás, conduzcan en humildad y paciencia a sus hermanos al Rey, cuyo servicio equivale a reinar" (LG. 36)

4.3. LA MISIÓN SACERDOTAL DE LOS LAICOS

Con el bautismo los laicos quedan ungidos para compartir el oficio sacerdotal de Cristo. Son un pueblo sacerdotal. San Pablo escribe a los romanos: "Os exhorto hermanos, por la misericordia de Dios a presentar vuestros cuerpos como sacrificio vivo y agradable a Dios; este es vuestro culto espiritual" (Rom. 12,1).

Aquí el lenguaje es el lenguaje litúrgico típico del Antiguo Testamento: ofrenda, sacrificio santo y agradable a Dios, culto espiritual. Lo que sorprende es que esta liturgia tenga como objeto no el espíritu, sino el cuerpo. Esto es significativo. La ofrenda del propio cuerpo constituye un culto espiritual. Por lo tanto, el lenguaje no habla de una fuga del mundo. Más bien, define la vocación nupcial, que es el estado de vida de los laicos. En el matrimonio los esposos están llamados a ofrecer el propio cuerpo, el uno al otro, para coronar la obra de Dios.

La verdadera ofrenda se debe realizar en cualquier circunstancia en la que el creyente se encuentre, en cualquier lugar o situación, incluso fuera del ámbito protegido del lugar sagrado o de la ofrenda cultural. La perspectiva del Nuevo Testamento es diversa de la del Antiguo Testamento. La nueva economía se ha abierto con el anuncio a Zacarías de la concepción y nacimiento del hijo y esto ha acontecido en el templo de Jerusalén, mientras que el anuncio a María de la concepción y del nacimiento del Mesías acontece en un lugar normal de la vida cotidiana tal vez en una casa, o en el camino, o

en el pozo donde iba a sacar el agua. No sabemos donde haya sido, pero estamos seguros que fue en la aldea de Nazaret, lejos de Jerusalén, ciudad del culto oficial.

La carta a los Romanos continúa: “no os conforméis a la mentalidad de este mundo, sino transformaos renovando vuestra mente, para poder discernir la voluntad de Dios, lo que es bueno, lo que le agrada, lo perfecto” (Rom. 12,2). Debe quedar claro que el sacerdocio del laicado no es una imitación incolora del sacerdocio ordenado. El culto que el laico ofrece a Dios no debe ser vanal, como si fuese un auxiliar del culto del sacerdocio ordenado. El Concilio, haciendo emerger esta doctrina oscurecida durante mucho tiempo, describe en la celebración de la Eucaristía la complementariedad entre el sacerdocio ordenado y el del laicado: “Jesucristo, sumo y eterno sacerdote, queriendo también continuar a través de los laicos su testimonio y su servicio, les vivifica con su espíritu e incesantemente los empuja a toda obra buena y perfecta. De hecho a aquellos que une íntimamente a su vida y a su misión, les hace partícipes de su función sacerdotal para ejercitar un culto espiritual, a fin de que Dios sea glorificado y los hombres se salven. Por ello los laicos, estando dedicados a Cristo y consagrados por el Espíritu Santo, son llamados e instruidos de modo admirable para que el Espíritu produzca en ellos frutos cada vez más copiosos. En efecto, todas sus obras, las oraciones y las iniciativas apostólicas, la vida conyugal y familiar el trabajo de cada día el descanso espiritual y corporal, si son realizadas en el Espíritu, y, hasta las dificultades de la vida si son soportadas con paciencia, se convierten en sacrificios agradables a Dios por Jesucristo; y estas cosas en la celebración de la Eucaristía son piadosamente ofrecidas al Padre junto a la oblación del cuerpo del Señor. Así también los laicos, actuando santamente en todas partes como adoradores, consagran a Dios el mundo” (LG 34).

En la Carta Apostólica *Dies Domini*, el Papa ha escrito: “A su sacrificio Cristo une el de la Iglesia. “En la Eucaristía el sacrificio de Cristo es también el sacrificio de los miembros de su Cuerpo. La vida de los fieles, su alabanza, su sufrimiento, su oración y su trabajo, se unen a los de Cristo y a su total ofrenda, y adquieren así un valor nuevo. Esta participación de toda la comunidad asume un particular relieve en el encuentro dominical, que permite llevar al altar la semana transcurrida con las cargas humanas que la han caracterizado”⁽²⁶⁾.

Las condiciones y las tensiones de la sociedad moderna han destruido los puntos de referencia tradicional. Los laicos van adelante como en una niebla con solo un poco de visión del paisaje moral. A través de la niebla el laico contempla el rostro del Cristo crucificado. Lo contempla sin parpadear. Pero,

(26) JUAN PABLO II, *Dies Domini* 43, Madrid 1998, p. 59.

al mismo tiempo, experimenta el caos vertiginoso de la vida cotidiana. Serán probados tanto su equilibrio como su serenidad. Sabrán que no deben huir. Porque en el centro de la historia se encuentra la inmensa contradicción: que la vida ha muerto sobre la cruz. Y el fiel laico terminará inexorablemente, durante la historia de su vida, delante del altar de la cruz. Estar bautizados en la muerte de Cristo no puede tener otro significado. Pablo pregunta a los romanos: "¿O no sabéis que cuantos hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte?" (Rom. 6,3).

Podemos concluir con respecto a los laicos del tercer milenio afirmando: para su experiencia de fe, la historia jugará un papel central; comprenderán que precisamente porque forman parte de la historia, donde Dios les ha colocado, pertenecen completamente a Dios, pero de modo totalmente diverso a las personas que viven otros estados de vida en la Iglesia; ejerciendo su libertad personal en la historia, brillarán como estrellas en la noche dando a conocer la gloria de Dios manifestada en su respuesta al acontecimiento de la pascua.

5. LOS OBISPOS ESPAÑOLES LLAMAN A LOS LAICOS AL COMPROMISO

Los obispos españoles recuerdan que el cristiano no sólo no puede estar al margen y desentenderse de la sociedad a la que pertenece sino que, por el contrario, tienen mucho que aportar individual y colectivamente en el campo de la justicia, en la defensa de los derechos humanos, en el ejercicio de las responsabilidades cívicas, ejerciendo el poder desde una actitud de servicio, construyendo pacientemente y de modo solidario la paz social⁽²⁷⁾. Es más, señalan a los fieles algunas actitudes que, a su juicio son fundamentales para construir la vida ciudadana y, que ellos pueden aportar, tales como: el amor a la verdad, el sentido de la justicia, la ejemplaridad moral, la voluntad de participación, el discernimiento sereno, el respeto discrepante, la aceptación de las diferencias étnicas y culturales y el empeño por la paz⁽²⁸⁾.

Sin embargo, es importante dejar claro que la misión propia de la Iglesia es de orden religioso y espiritual. Por tanto, no es función de la Iglesia dar soluciones técnicas, ni asumir un protagonismo político y social, que corresponde a los grupos y partidos políticos y al gobierno del país. Más aún, la Iglesia ha querido situarse en la sociedad con un nuevo talante, que le permita realizar con más eficacia y mayor libertad su misión evangelizadora, convencida de que de esta forma puede prestar un mejor servicio a la sociedad. No obstante, la Iglesia no es extraña a lo que vive nuestro pueblo, ni está ajena

(27) Cf. CEE, *La Iglesia ante el momento actual: petición de libertad para detenidos políticos* (19 diciembre 1975), DCEE, p. 372.

(28) Cf. *Ibidem*, pp. 372-373.

a las convulsivas transformaciones que experimenta. Por el contrario, vive preocupada y esperanzada⁽²⁹⁾, consciente de la responsabilidad que ella misma tiene y del deber de aportar lo que ella misma es para contribuir desde su originalidad a construir la nueva sociedad sobre la base del respeto a los derechos de las personas y de los pueblos y sobre los valores éticos que nacieron del Evangelio. Por ello, es responsabilidad y misión propia de todo cristiano, en orden a la fraterna convivencia, potenciar los factores que la favorecen y superar los que la impiden o retardan⁽³⁰⁾.

La responsabilidad de la Iglesia en la misión evangelizadora de la sociedad exige, por tanto, el compromiso de todos los creyentes en la participación de la vida social, según el puesto que cada uno ocupe, con las actitudes verdaderamente humanas y cristianas de honestidad, justicia, generosidad, fidelidad y respeto. Pero ciertamente, la mejor forma de servicio a todos los ciudadanos es, sin duda, el testimonio y el ejemplo⁽³¹⁾.

La Iglesia es consciente de que su aportación a la construcción de la nueva sociedad es imprescindible y, por tanto, se siente responsable y llamada a ofrecer la riqueza que encierra como aportación específica. Así lo expresa K. Rahner: “La Iglesia puede y debe hacer comprender al hombre, en cuanto sea posible, su responsabilidad respecto al mundo, revelándole y explicándole la dimensión última de esta responsabilidad, que significa para el hombre la salvación o la condenación eterna. La Iglesia puede estimular a los miembros de los propios grupos a organizarse al servicio de la humanización del mundo, a llevar adelante la inspiración de una fundamental motivación cristiana, llamándonos a ella, incluso cuando su legitimidad es contestada por individuos o grupos cristianos. La Iglesia, en su misterio, puede, si esto fuese deseable y útil, hasta sostener las instituciones laicas con sus respectivas finalidades, si estos objetivos están orientados a la dignidad y la libertad del hombre, revelándose, así, cristianos”⁽³²⁾.

Si bien no es función de la Iglesia actuar en el orden político, no por ello se desentiende de los problemas sociales y políticos que afectan a los hombres. La lucha por la justicia y por la defensa de los derechos humanos es inherente y constitutiva del anuncio del Evangelio y, por tanto, será siempre valiosa la palabra de la Iglesia como instancia crítica, que ilumine las realidades de los hombres y garantice la construcción de la sociedad sobre unos fundamentos morales, que hagan posible el crecimiento auténtico de las personas y de los pueblos. En este sentido hacemos nuestras las palabras de K. Rahner: “La

(29) Cf. CEAS, *Orientaciones cristianas sobre participación política y social* (9 julio 1976), DCEE, p. 384.

(30) Cf. CEE, *La reconciliación en la Iglesia y en la sociedad* (17 abril 1975), DCEE, p. 349.

(31) Cf. CP, *Ante la actual situación española* (22 septiembre 1977), DCEE, p. 439.

(32) K. RAHNER., *Dimensioni politiche del cristianesimo* (Roma 1992), p. 58.

misión de la Iglesia está al servicio de este misterio, que es el misterio del mismo hombre. Cuanto más ésta se dedica de forma desinteresada y aparentemente sin darse cuenta a esta misión de salvación del hombre afligido, más tutela y guía al hombre que, empeñado en su compromiso terreno, vive para la humanización del mundo”⁽³³⁾.

Hay que reconocer que en los últimos tiempos el magisterio de la Iglesia ha procurado de muchas maneras actualizar la presentación de la fe y avivar la conciencia creyente de los cristianos, buscando la maduración de la fe de los bautizados en todas las etapas de su vida.

5.1. LA FE INSTANCIA CRÍTICA DE LA SOCIEDAD

La llegada de la democracia a España, junto a innumerables logros para la sociedad y no pocas dimensiones positivas para la Iglesia, supuso, al mismo tiempo, serios riesgos para la fe. La implantación paulatina de una escala de valores propia de un humanismo agnóstico y disociada en gran parte del patrimonio cultural y moral de la sociedad española, entraña, según los obispos españoles “el riesgo de sustituir el carácter de un Estado aconfesional, garante de la libertad religiosa y cooperador con las Iglesias como el que describe la Constitución, por la beligerancia oficial a favor de una sociedad que relega lo religioso y lo moral a la esfera estricta de lo privado”⁽³⁴⁾.

Habría no sólo que valorar la actitud crítica frente a la sociedad, sino que habría que motivarla y favorecerla, ya que puede ser un modo sano de ayudar al crecimiento de la misma sociedad. Sin embargo, hay que insistir en que la actitud crítica ante la realidad social no debe interpretarse, en principio, como postura de rechazo o de enemistad. Si se salvaguarda la honestidad y se respeta a las personas, constituye una forma de colaboración, un servicio al bien común que enriquece a la sociedad⁽³⁵⁾.

La función sociocrítica de la Iglesia no significa que ésta pueda hacer política explícita o indirectamente, si bien puede y debe afirmarse como grupo social dentro de una sociedad pluralista. Sus miembros como cualquier grupo social, tienen el derecho de influir en la entera sociedad con todos los medios legítimos a su alcance. Según afirma el teólogo K Rahner, la sustancia de la función sociocrítica de la Iglesia se puede definir así: “Consiste en la apertura siempre nueva de un horizonte que va más allá de la concreta realidad social, mostrando así la relatividad y la modificabilidad. Una vez reconocida la relatividad y la mutabilidad de las realidades sociales, se llega a formular la propuesta y la autorización del cambio efectivo. No puede y no quiere

(33) *Ibidem*, p. 60.

(34) CEE, *La visita del Papa y la fe de nuestro pueblo* (25 junio 1983), DCEE, p. 750.

(35) Cf. CEE, *La reconciliación en la Iglesia y en la sociedad* (17 abril 1975), DCEE, p. 358.

proporcionar la receta concreta y el compromiso unívoco para plasmar una nueva y precisa realidad, con capacidad histórica y creativa. La iglesia, por tanto, no es de por sí una clara decisión política. Tal como la Iglesia lo delinea, este horizonte crítico para la realidades sociales y el cambio sociopolítico sólo puede ser expresión del Evangelio anunciado por la misma Iglesia”⁽³⁶⁾.

Los cristianos, según los obispos españoles, tienen también una función crítica respecto a la sociedad y a los grupos políticos porque ellos no pueden aceptar indiscriminadamente actitudes incompatibles con su fe o falseadoras de la misma. No sólo son ética y políticamente responsables como los demás ciudadanos, sino que además tienen responsabilidades específicas, precisamente por su condición de cristianos. Son explícitos los obispos: “La profesión de su fe ha de reflejarse operativamente en su decisión de hacer realidad las exigencias morales y de acción histórica que se derivan del Evangelio y en su intento permanente de apropiarse personalmente los compromisos prácticos que se contienen en el mensaje del Señor. Cuando la Iglesia interviene para rechazar algunas ideologías en sus elementos teóricos y en su realizaciones prácticas, como lo ha hecho por ejemplo con relación al marxismo y al liberalismo, lo hace teniendo en cuenta que a la profesión de fe cristiana, sin que por ello incluya una doctrina científica de la sociedad humana, le repugnan las ideologías y comportamientos incapaces de coexistir con el espíritu de las Bienaventuranzas⁽³⁷⁾.”

Sin duda alguna, la prioridad indiscutible de la Iglesia española en estos últimos decenios ha sido la evangelización. Con esta convicción describen los obispos españoles los rasgos que perfilan a la Iglesia en la sociedad española actual y ponen los acentos en las dimensiones fundamentales, objetos de sus desvelos, esfuerzos y aspiraciones. Este es el perfil de la Iglesia que diseñan los pastores: “De cara a nuestra sociedad, la Iglesia aspira a ser: comunidad evangelizadora, llevando la verdad y la gracia de Cristo a la sociedad civil para transformarla según las exigencias del Evangelio; espacio de comunión, en un cuerpo social como el de España, la fe y la caridad de los creyentes deben promover la aceptación mutua y el diálogo fraterno. La Eucaristía libre de presiones y motivaciones extrareligiosas, constituye entre los cristianos el punto de convergencia y aun de superación de las legítimas discrepancias; independiente, tanto respecto del poder que gobierna como de su oposición, lo mismo en las opciones ideológicas que en las políticas. No con una ausencia indiferente, sino con la función crítica que le es propia y con una comprensión respetuosa y cercana a todos; exenta de privilegios, aun dentro de la dificultad de distinguir, en ocasiones, los derechos y los privilegios, queremos renunciar a

(36) K. RAHNER, *Dimensioni politiche del cristianesimo*, p. 84.

(37) CEDFE, *La comunión eclesial* (15 febrero 1978), DCÉE, pp. 469-470.

cuanto pueda empañar, o haya empañado de hecho, nuestro testimonio evangélico" (38).

Ciertamente, la visita pastoral de Juan Pablo II a España en 1982 constituirá un valiosísimo impulso para consolidar las líneas pastorales y de renovación evangelizadora emprendidas por la Conferencia Episcopal Española.

Precisamente, la nueva conciencia eclesial en clave de corresponsabilidad, el replanteamiento teológico y pastoral de las relaciones Iglesia-mundo e Iglesia-Estado y, sobre todo, el compromiso de todos los miembros del Pueblo de Dios en un empeño de fidelidad evangélica marcan el proceso de conversión y de comunión en la dirección indicada por el Concilio.

Son muchas las razones, aún hoy, por las que la Iglesia debe realizar una verdadera evangelización, superando la instalación y el cansancio que muchas veces ha hecho perder el dinamismo misionero. Después de más de veinte años, resuenan con toda su actualidad las palabras de los obispos españoles cuando afirman: "Es muy cierto que también entre nosotros son muchos los que ignoran el Evangelio; más numerosos aún los que bautizados y educados en la fe, van dejando a un lado su relación con la comunidad creyente, o los que la van reduciendo a determinados momentos de su vida, con el deseo de subrayarlos mediante la recepción o realización de algunos sacramentos. No ignoramos que el indiferentismo en materia religiosa se va constituyendo en uno de los trazos mayores de amplios sectores de nuestra sociedad (...). En todas estas situaciones, la Iglesia debe realizar una verdadera evangelización" (39).

Naturalmente, para realizar esta misión evangelizadora de la nueva sociedad, los prelados apelan en los documentos de la CEE a la corresponsabilidad de los laicos, sin cuya presencia y compromiso en el mundo sería inviable la evangelización del mismo.

Todos formamos una unidad en Cristo y en la Iglesia, y juntos hemos de asumir la corresponsabilidad a la que nos llama el Espíritu, pero cada uno en el lugar que le corresponde, según su vocación. Por eso afirman: "Todos los miembros de este Pueblo, pastores, religiosos y laicos, participan cada uno a su manera, de la misión de la Iglesia. Por lo cual, antes de considerar la diversidad en sus respectivas funciones, es preciso atender al fundamento de su común vocación bautismal a la santidad y al apostolado. Sin duda, el Vaticano II ha contribuido de forma extraordinaria a que los laicos hayan descubierto en el bautismo la raíz y la fuerza de su compromiso, convirtiéndoles en sujetos

(38) CEE, *La Iglesia ante el momento actual: petición de libertad para detenidos políticos* (19 diciembre 1975), DCEE, pp. 373-374.

(39) CEE, *Responsabilidad misionera de la Iglesia en España* (24 noviembre 1979), DCEE, p. 581.

activos de la evangelización. Ciertamente, es imprescindible para la evangelización y para asegurar una presencia cualificada de la Iglesia en la sociedad, la necesaria participación de todos en las comunes responsabilidades eclesiales. Todos somos, por tanto responsables de anunciar el Evangelio en todas las circunstancias y en todos los lugares, ya que “toda la comunidad creyente se debe a esta misión de anunciar en todo el mundo la llegada del Reino de Dios”⁽⁴⁰⁾.

El compromiso bautismal se va concretando para cada uno de distinta manera, ya que siendo única la misión existen diversidad de servicios en orden a la evangelización, según el proyecto salvador de Dios. Por ello dirán los obispos: “corresponde a cada creyente asumir libre y responsablemente el ministerio, función o servicio al que en el seno de la comunidad es llamado por el Señor y para cuyo eficaz desempeño recibe del Espíritu su don y carisma”⁽⁴¹⁾. En la Iglesia, por tanto, no puede haber miembros pasivos, ya que todos han de colaborar activamente en las tareas internas y tomar conciencia de lo que significa ser y vivir como Iglesia insertos en la sociedad⁽⁴²⁾. No cabe duda de que el testimonio será el mejor servicio a la sociedad, si cada uno realiza su tarea con actitudes verdaderamente humanas y cristianas, tales como la justicia, la generosidad, la fidelidad y el respeto⁽⁴³⁾.

Los laicos, en cuanto tales, asumen unas responsabilidades específicas en el orden ético y político, asumiendo un compromiso con la historia en orden a responder desde su cualificada presencia a las urgencias morales de la sociedad. Sin embargo, si bien las tareas de renovación y animación de las realidades temporales y, responder a los desafíos de los nuevos tiempos corresponde a los laicos, una misma fe puede generar diversos modos de entender y realizar el compromiso cristiano⁽⁴⁴⁾.

Los laicos están llamados a ejercer la responsabilidad personal desde la libertad y el pluralismo, pero siendo conscientes de que vivir el compromiso de la fe, encarnado en la dimensión política y social supone un difícil equilibrio, no siempre realizable por todos. Esta tensión exige, por una parte, que los creyentes en momento difíciles y críticos para la Iglesia sean capaces de vivir con paciencia y esperanza. Comporta, por otra, la aceptación de las orientaciones doctrinales y disciplinares de los pastores, como maestros y jueces en la fe y en las costumbres cristianas, desde un espíritu de profunda comunión. Y, además, requiere vivir la comunión de forma adulta y responsable, sin infantilismos ni paternalismos y, sin esperar siempre la palabra

(40) CEE, *Responsabilidad misionera de la Iglesia española* (24 noviembre 1979), DCEE, p. 644.

(41) *Ibidem*, p. 573.

(42) Cf. *La estabilidad del matrimonio* (7 junio 22 1977), DCEE, p. 417.

(43) CP, *Ante la actual situación española* (22 septiembre 1977), p. 439.

(44) CEDFE, *La comunión eclesial* (15 febrero 1978), DCEE, p. 470.

de los obispos en todas las circunstancias y en el tratamiento de todos los problemas y situaciones, precisamente por la complejidad de las situaciones ⁽⁴⁵⁾.

Por otra parte, es necesario estar atentos para superar el dualismo que contraponen los valores evangélicos y el cambio social, como si fueran dos realidades antagónicas. Por el contrario, hay que insistir en que la acción misionera está llamada a testificar y proclamar la Buena Noticia de la salvación del hombre y, simultáneamente, al afirmar los mismos valores evangélicos, sirve y enriquece a la sociedad. Por tanto, no hay ni identificación ni confusión entre acción misionera y promoción humana, pero sí existe una mutua relación, porque el Evangelio de Jesús se identifica con la causa del hombre en su integridad. Consecuentemente, el mismo bien del hombre hace que la Iglesia no pueda renunciar a su dimensión crítico profética ⁽⁴⁶⁾.

Además, nuestra propia sociedad necesita con urgencia ajustar su comportamiento a las exigencias del Evangelio porque las injusticias sociales, insolidaridades, actividades violentas y terroristas y aun nuestras divisiones intraeclesiales constituyen uno de los mayores impedimentos para la extensión de la fe cristiana. La existencia de un vida cristiana coherente es fundamental para la extensión de la fe. De ahí que el auténtico espíritu misionero renueve la comunidad creyente y exija una mayor fidelidad individual y social al Evangelio ⁽⁴⁷⁾.

La evangelización del mundo la realiza toda la Iglesia, particularmente a través de los laicos, ya que éstos insertos en el mundo por su condición de ciudadanos y de cristianos, están llamados a transformar la sociedad, siendo en medio de ella como la levadura en la masa. La nueva conciencia que el Concilio despierta en los laicos como evangelizadores y protagonistas y las nuevas realidades del mundo en la hora presente, exigen un compromiso responsable en la tarea evangelizadora del mundo. Esta tarea sería imposible llevarla a cabo sin la presencia activa y comprometida de los laicos. Ya no se trata de una colaboración en la misión, sino de asumir responsablemente la única misión, aportando específicamente la riqueza de la vocación laical.

Si se quiere construir entre todos una Iglesia que responda a los nuevos desafíos del presente, es necesario edificar una Iglesia más evangélica, mas misionera, capaz de servir a todos los hombres. Los obispos españoles apuntan en esta dirección cuando señalan que, a su juicio, ello "supone familias unidas y hogares apostólicos, impulso misionero en las comunidades y parroquias, aumento de vocaciones sacerdotales y religiosas, compromiso apostólico de los seglares y presencia activa de los cristianos en la vida pública de modo que

(45) *Ibidem*, p. 483.

(46) CEE, *Responsabilidad misionera de la Iglesia en España* (24 noviembre 1979), DCEE, p. 578.

(47) *Ibidem*, p. 579.

trabajen por la paz y la reconciliación frente a la violencia y la división; que se comprometan en el servicio a los pobres, en la lucha por la justicia, en vivir y proclamar constante y libremente la verdad y las exigencias del reino de Dios”⁽⁴⁸⁾.

Precisamente en el nuevo contexto de la sociedad, la nueva conciencia eclesial, ecuménica, laical y misionera y la participación responsable de todo el pueblo de Dios constituirá la garantía de que la Iglesia es capaz de afrontar con esperanza el reto de la evangelización, siguiendo la doctrina del Concilio.

Los nuevos tiempos exigen que la Iglesia aprenda a vivir en un contexto social nuevo que requiere a su vez un nuevo talante y un nuevo modo de presencia. Ya lo intuían los obispos españoles cuando afirmaban: “La Iglesia católica vive hoy en España en el marco de unas constituciones democráticas legítimamente establecidas y libremente aceptadas por el Pueblo español. Es deber de la Iglesia que, por su parte, nada empañe el respeto debido a esas instituciones. Pero, a la vez, es preciso que nos acostumbremos a vivir como una comunidad concreta y bien definida, dentro de un ámbito social y cultural, que no siempre comparte nuestra fe ni nuestros criterios morales, fomentando, por nuestra parte “un clima de respetuosa convivencia con las otras legítimas opciones, mientras exigimos justo respeto a las nuestras, procurando así responder a la histórica responsabilidad que nos toca en suerte”⁽⁴⁹⁾.

Vivir la fe en un contexto pluralista y sin el apoyo externo de las instituciones sociales exige con urgencia, por tanto, esclarecer y potenciar nuestro sentido de pertenencia a la comunidad cristiana, la cual debe asumir que no verá plenamente realizada socialmente la encarnación de los valores del Evangelio. El servicio original que la Iglesia puede prestar a la sociedad reclama igualmente tener clara la identidad eclesial para poder dialogar con cualquier modelo de sociedad sin identificarse y sin confundirse con ella⁽⁵⁰⁾.

Es verdad que la Iglesia no debe imponerse en la sociedad, pero, al mismo tiempo, es cierto que tiene la responsabilidad de ser portadora de los tesoros de la fe. Por eso, debe recuperar la confianza en las propias riquezas y ofrecer a los demás con humildad y verdad unos tesoros que ellos necesitan tanto como nosotros y, a los que tienen realmente derecho. Los obispos recuerdan ya desde el año 1982, que a este compromiso nos ha convocado el Papa a su llegada a España cuando dijo: “Es necesario que los católicos españoles sepáis recobrar el vigor pleno del espíritu, la valentía de una fe vivida, la lucidez evangélica iluminada por el amor profundo al hombre hermano. Para sacar de ahí la fuerza renovada que os haga infatigables

(48) CEE, *Ante la visita del Papa a España* (18 febrero 1982), DCEE, pp. 671-672.

(49) CEE, *La visita del Papa y la fe de nuestro pueblo* (25 junio 1983), DCEE, p. 754.

(50) Cf. *Ibidem*, p. 754.

creadores de diálogo y promotores de justicia, alentadores de cultura y elevación moral del pueblo"⁽⁵¹⁾.

En efecto, el cristiano ha de implicarse en las grandes causas que afectan realmente al hombre. De hecho, el seguimiento de Cristo pasa por la eficacia social de la fe y el compromiso temporal, sino queremos traicionar el mensaje del Señor⁽⁵²⁾.

Para poder realizar la tarea evangelizadora de la Iglesia es necesaria la participación activa de los laicos. En este sentido los obispos hacen un llamamiento urgente a los mismos para que asuman esta misión respondiendo así a su vocación: "nuestra Iglesia -dicen- necesita hoy con urgencia de la participación consciente y responsable de los seglares en su estructuras organizativas, en la planificación y desarrollo de las actividades apostólicas, en la búsqueda y administración de los recursos necesarios para la vida y actividades de la Iglesia"⁽⁵³⁾. En esta misma línea Juan Pablo II ya estimulaba al apostolado de los seglares al afirmar: "No hay actividad humana alguna que sea ajena a la solidaria tarea evangelizadora de los laicos. De entre los contenidos más apremiantes del apostolado de los seglares, quiero resaltar algunos de mayor importancia: el esfuerzo evangelizador que requiere la familia cristiana, el vasto campo del mundo del trabajo, las realidades políticas y el mundo de la cultura. Las formas asociadas de apostolado seglar resultan fundamentales para desplegar todas las energías de la vocación cristiana en los diversos espacios y ambientes de la sociedad"⁽⁵⁴⁾.

El cristiano tiene el deber y la responsabilidad de la evangelización, precisamente, porque es sal y luz de la tierra (Mt. 5,13). De ahí que la vocación cristiana es vocación al apostolado (AA 2). Son igualmente importantes para los laicos españoles estas palabras del Pontífice: "El Papa exhorta a todos los seglares españoles a asumir con coherencia y vigor su dignidad y responsabilidad. ¡El Papa confía en los seglares españoles y espera grandes cosas de todos ellos para gloria de Dios y para el servicio del hombre! Si, como he recordado ya, la vocación cristiana es esencialmente apostólica; sólo en esta dimensión de servicio al Evangelio el cristiano encontrará la *plenitud de su dignidad y responsabilidad*" (55).

La fidelidad a esa dignidad, indica el Papa, exige no sólo acoger las riquezas de la fe, sino que "*se os confía un tesoro, se os otorgan los talentos que han de ser asumidos con responsabilidad para que fructifiquen con*

(51) JUAN PABLO II, *Discurso de despedida, Barajas* (31 octubre 1982), DCEE, p. 754.

(52) Cf. *Ibidem*, pp. 755-756.

(53) *Ibidem*, p. 759.

(54) JUAN PABLO II, *Homilía durante la misa celebrada en el polígono industrial de Toledo* (4 noviembre 1982), DCEE, p. 759.

(55) JUAN PABLO II, *Mensaje de Juan Pablo II a España*, p. 129.

abundancia”⁽⁵⁶⁾. Más adelante añade: “También los seglares están llamados a ese crecimiento espiritual interior que conduce a la santidad, y a esa entrega apostólica creadora, que los hace *colaboradores del Espíritu Santo*, el cual con sus dones renueva, rejuvenece y lleva a perfección la obra de Cristo”⁽⁵⁷⁾.

Resalta además con fuerza que la conciencia y la afirmación de la identidad cristiana del laico no sólo no limita sus posibilidades, sino que, por el contrario, justamente en virtud de su identidad cristiana puede y debe aportar esa presencia y esa actividad específica y original que la Iglesia confía a sus hijos en los diversos campos de la actividad personal y social. El Pontífice deja claro que se ha de mantener la fidelidad a la Palabra del hombre en su integridad, es decir: la vida humana desde su concepción, la estabilidad del matrimonio y la familia, la libertad de enseñanza, la implantación de la justicia en las relaciones laborales. Porque donde esté el hombre sufriendo y padeciendo dolor, injusticia, pobreza o violencia, allí ha de estar la voz de la Iglesia con su vigilante caridad y con la acción de los cristianos⁽⁵⁸⁾.

Es evidente para los católicos, señalan los obispos españoles, que en esta época de “cambios rápidos y profundos”, como dice el Vaticano II, el mensaje cristiano tiene una doble exigencia: la de conservar fielmente su identidad y la de ser un mensaje vivo para el hombre histórico, es decir, capaz de orientar su vida en cualquier circunstancia y, llevando la fuerza del Evangelio al corazón de la sociedad y de la cultura⁽⁵⁹⁾.

Pablo VI, en su exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi* especifica los diferentes campos del apostolado seglar, mostrando un vastísimo panorama en el que el seglar está llamado a vivir su compromiso cristiano y a ser agente de evangelización. Señala el mundo de la política, de lo social y de la cultura, pero también las realidades humanas fundamentales como el amor, el trabajo, el sufrimiento, etc. La construcción del reino de Dios en medio de esas realidades humanas dependerá en gran medida, de la competencia, de la generosidad y de la calidad evangélica del compromiso de los seglares haciendo presente el rostro humano y la dimensión trascendente de la salvación⁽⁶⁰⁾.

Por su parte, Juan Pablo II señala tres campos prioritarios que requieren el compromiso de los laicos. Por un lado, el apostolado de los laicos debe afrontar el mundo del trabajo para que dé frutos de justicia y de desarrollo auténticamente humano, inspirados en las raíces cristianas. Por otro, el laico debe abrirse al mundo de la política, en el que se toman las decisiones más

(56) *Ibidem*, pp. 129-130.

(57) *Ibidem*, p. 130.

(58) Cf. JUAN PABLO II, *Discurso ala Conferencia Episcopal Española* (31 octubre 1982), DCEE, p. 762.

(59) Cf. CEE, *El ser icio a la fe de nuestro pueblo* (25 junio 1983), DCEE, p. 766.

(60) Cf. PABLO VI, *E angelii Nuntiandi* 70: AAS 68 (1976), pp. 59-60.

delicadas, que afectan a los problemas de la vida de las personas. El cristiano, por tanto, debe contribuir a la formación de sociedad más digna y respetuosa con los derechos humanos. Por último, señala que los laicos están llamados a crear de nuevo, teniendo en cuenta la riqueza cultural de los pueblos de España, una auténtica cultura del bien, de la belleza y del progreso que pueda contribuir al diálogo entre la fe y la cultura⁽⁶¹⁾.

Ante este inmenso panorama, afirma el Pontífice: "ningún cristiano está exento de su responsabilidad evangelizadora. Ninguno puede ser sustituido en las exigencias de su *apostolado personal*. Cada laico tiene un campo de apostolado en su experiencia personal"⁽⁶²⁾.

El Papa, no obstante, insiste en la importancia del apostolado asociado para despertar y fortalecer la presencia y el testimonio de la vida cristiana en los ambientes de la sociedad. Es tarea de los laicos la sensibilización y la educación de todas las riquezas que laten en el corazón de la cultura del pueblo⁽⁶³⁾.

Los laicos están llamados, frente al enorme panorama del mundo, a ser más activos y creativos, es decir, a sentirse protagonistas y no sólo destinatarios en la tarea de implantar un orden social acorde con la doctrina de la Iglesia.

La tarea evangelizadora de los laicos deriva directamente de su vocación cristiana. El compromiso evangelizador no es algo sobreañadido a la fe, sino que pertenece a su mismo núcleo. No hay vivencia más auténtica de la fe que aquella que, de una manera o de otra, asume la dimensión evangelizadora, la tarea de ser testigos de Dios entre los hombres.

En la hora de la evangelización todos somos necesarios y todos, por tanto, hemos de asumir nuestras propias responsabilidades. Precisamente en una sociedad aconfesional es urgente que los creyentes y la Iglesia entera encuentren su razón de ser en la misión, es decir, en el anuncio de los misterios centrales de la fe.

Si bien, por una parte, hay que insistir en que la misión nuclear de la Iglesia y de los cristianos es la evangelización, sin embargo, es necesario descubrir las exigencias que ello implica, si se quiere ser fiel a la totalidad del Mensaje. La evangelización en la Iglesia española hoy exige, por una parte, personalizar la fe que ha de ser vivida en el contexto del pluralismo y del secularismo. Pero también supone vivir la eclesialidad de la fe, ya que la comunión eclesial constituye una condición fundamental para la evangelización. Por otra parte, demanda ser fieles a los contenidos del Mensaje, sin dejarse condicionar por las circunstancias y sin perder lo

(61) JUAN PABLO II, *Mensaje de Juan Pablo II a España*, p. 131.

(62) *Ibidem*, pp. 131-132.

(63) *Ibidem*, p. 132.

específico y original del mismo, de modo que termine adaptándose a los horizontes históricos y olvide su dimensión trascendente y la iniciativa salvadora de Dios.

Además, es necesario acentuar la centralidad del encuentro vivo con Cristo, de dónde arranca el impulso misionero. Cristo mismo constituye el núcleo de la evangelización y, al mismo tiempo, es el que nos hace partícipes de su misión evangelizadora. Junto a ello, es imprescindible mantener viva la conciencia de pertenencia a la Iglesia, asumiendo corresponsablemente la misión de la misma, que no es otra que evangelizar. Naturalmente, es fundamental a la hora de evangelizar tener clara la identidad cristiana y los elementos fundamentales de la misma tanto en su aspecto doctrinal como en su vertiente vital, con todas las exigencias evangélicas y los compromisos morales que el seguimiento de Jesús comporta.

Desempeñar la tarea evangelizadora no será posible sin una verdadera formación que garantice el poder responder a los nuevos retos que la Iglesia debe afrontar. Vivir la fe como adultos requiere la continua revitalización de la fe y supone la actualización y profundización de la misma. Sin ella no sería posible resistir a los riesgos de una sociedad secularizada y pluralista.

Igualmente, es necesario ofrecer una auténtica espiritualidad laical, que sea capaz de ayudar a crecer en la fe a los cristianos que viven en medio del mundo y, que sin salir de él, les haga capaces de transformarlo evangélicamente y de crecer en santidad. Esta espiritualidad laical hoy ha de ser necesariamente, como con recuerda el Papa, una espiritualidad de comunión.

Y finalmente, la evangelización requiere la coherencia entre la fe y la vida como garantía de que la fe no es ajena a la vida, ni la vida es extraña a la fe. Se trata de vivir un estilo de vida. El estilo de vida de Jesucristo que es para nosotros el corazón de la experiencia cristiana.

III. LOS GRANDES RETOS QUE DEBE AFRONTAR LA IGLESIA

Realmente, el mundo en el que nos ha tocado vivir es un mundo lleno de posibilidades, pero también de contradicciones. El siglo XX nos ha dejado una herencia cargada de luces y de sombras. Acaba de concluir un siglo maravillosos en algunos aspectos, pero también un siglo conflictivo, complejo, asombroso. Un siglo en el que se han manifestado algunas de las virtudes mejores del ser humano, pero también algunas de sus cualidades más odiosas y angustiosas. Un siglo que en palabras de Yeudi Menuhin, músico inglés recientemente desaparecido “despertó las mayores esperanzas que haya concebido nunca la humanidad, y destruyó después todas las ilusiones e ideales”⁽⁶⁴⁾. Y, cuando iniciábamos el comienzo de siglo y de Milenio llenos de

expectativas y de proyectos, cuando se pensaba que ya casi todo estaba hecho, y que la marcha del mundo resolvería las cuestiones pendientes, nos sorprende a todos la barbarie y pone en jaque a toda la sociedad, haciéndola tambalear desde los cimientos. Como dice Teilhard de Chardin: "Indudablemente, por alguna oscura razón hay algo que "no marcha" en nuestro tiempo entre el hombre y Dios, *tal como Dios se presenta al hombre de hoy*"⁽⁶⁵⁾.

Bastaría recordar las terribles matanzas de todo género y en todas partes, las guerras inhumanas, los odios trágicos que han despedazado en no pocos momentos el ideal de convivencia y de fraternidad.

Conviene señalar algunos aspectos determinantes del siglo que acaba de terminar y que, de alguna manera, tienen continuidad en el siguiente: por una parte, la confianza en la razón y la exigencia de racionalidad que conduce al ilimitado e ingenuo convencimiento de que la capacidad humana puede conseguir indefinidamente logros cada vez más exigentes; por otra el individualismo y el subjetivismo creciente determinantes en la psicología y en la organización social; además, la decidida defensa de los derechos humanos, pero, dónde estos derechos se enfrentan a un peligro nuevo, de consecuencias todavía imprevisibles: el mundo de lo mediático. En realidad hemos pasado de la época del establecimiento de pautas a la puesta en práctica de las normas convenidas sobre los derechos humanos. Y éste es el gran desafío que se presenta ante nosotros: superar la brecha entre los ideales y la realidad.

Ante nosotros se presentan hoy los grandes problemas de la humanidad como enormes retos a los que la Iglesia quiere y debe responder. Problemas como la mundialización o la globalización; las grandes migraciones; la diversidad cultural; el diálogo interreligioso; los riesgos del desarrollo tecnológico; la injusticia, todo ello creciendo y desarrollándose en el campo de la increencia, exigen una atención preferente de parte de la Iglesia, y un compromiso ineludible por parte de los laicos, si en verdad se quieren transformar las realidades temporales según el Evangelio y ordenar el mundo según el designio de Dios.

Por otra parte, cuestiones como la paz y la guerra en el contexto de los conflictos culturales del mundo; la economía global y las enormes masas de pobres; el significado de la libertad humana en un mundo pluralista, la bioética y la ecología, están también demandando una iluminación de la Iglesia y un compromiso de los laicos, que haga posible transformar con la levadura evangélica todas estas situaciones que afectan al hombre y a todos los hombres.

(64) PAOLA AGOSTI Y GIOVANNA BORGHESE, *Mi pare un secolo: Ritratti e parole di centosei protagonisti del No ecento*, Turín 1992, 2 (cit en E. HOBSBAWM, *Historia del siglo XX*, en *Crítica*, Barcelona 2000, p. 12).

(65) P. TEILHARD DE CHARDIN, *El por venir del hombre*, en *Taurus*, Madrid 1967, pp. 121-122.

Además, la misma Iglesia ha de abordar, sin miedo, cuestiones abiertas que requieren una mayor profundización y concreción tales como: el futuro del cristianismo occidental y el fin del cristianismo convencional; el ecumenismo, la descentralización; el papel de la mujer en la Iglesia y el ejercicio de la autoridad. Todo ello, sin duda, hará posible un nuevo modo de ser cristiano en un mundo también sometido a cambios rápidos y profundos que continúan su imparable proceso.

Precisamente, al comienzo del nuevo Milenio, el Papa nos invita a “remar mar adentro”, a mirar hacia delante, confiando en la palabra de Cristo: “*Duc in altum*” (Lc. 5,4), es decir, “a recordar con gratitud el pasado, a vivir con pasión el presente y a abrirnos con confianza al futuro”⁽⁶⁶⁾.

Ante el panorama del mundo actual, hace poco dramáticamente puesto de relieve, la Iglesia hoy como siempre camina con la certeza de la presencia del Señor, convirtiéndose en la fuerza renovadora e inspiradora de la vida cristiana. Ciertamente, es necesario preguntarse qué hemos de hacer y comprometerse. Se lo pregunta también el Papa en la *Novo Millennio Ineunte* y responde, al mismo tiempo: “Nos lo preguntamos con confiado optimismo, aunque sin minusvalorar los problemas. No nos satisface ciertamente la ingenua convicción de que haya una fórmula mágica par los grandes desafíos de nuestro tiempo. No, no será un fórmula lo que no salve, pero sí una Persona y la certeza que ella nos infunde: ¡*Yo estoy con vosotros!*”⁽⁶⁷⁾.

En realidad –continúa el Papa– “no se trata, pues de inventar un nuevo programa. El programa ya existe. Es el de siempre, recogido por el Evangelio y la tradición viva. Se centra en definitiva, en Cristo mismo (...) es necesario que el único programa del Evangelio siga introduciéndose en la historia de cada comunidad eclesial, como siempre se ha hecho”⁽⁶⁸⁾.

Se trata de establecer las prioridades pastorales que recojan los rasgos fundamentales del cristianismo del presente y del futuro. Es sintomático que el propio Juan Pablo II sitúe la santidad como la prioridad fundamental de la Iglesia, poniendo de relieve esta exigencia y esta meta de la vida cristiana para todos. Naturalmente, sería imposible vivir el dinamismo de la santidad sin una intensa vida de oración, garantía para permanecer en Cristo y de un cristianismo realmente vital. Hoy, a pesar de los vastos procesos de secularización se detecta una difusa exigencia de espiritualidad y una renovada necesidad de orar. Por otra parte es preciso insistir y dar un realce particular a la Eucaristía dominical y al domingo mismo, sentido como día especial de la fe, día del Señor resucitado y del don del Espíritu, verdadera Pascua de la semana.

(66) JUAN PABLO II, *Mo o Millennio Ineunte*, Madrid 2001, p. 7.

(67) *Ibidem*, p. 43.

(68) *Ibidem*, pp. 44-45.

En realidad, para cada bautizado la Eucaristía debe ser el centro del domingo. Además, hace falta retomar el sacramento de la reconciliación como una fuente de renovación y de vida, haciendo descubrir a Cristo como *mysterium pietatis*, en el que Dios nos muestra su corazón misericordioso y nos reconcilia plenamente consigo. Hay que potenciar la primacía de la gracia, poniendo el acento en que sin Cristo “no podemos hacer nada” (Jn. 15,5). Alcanzar estas prioridades sólo será posible a partir de una renovada escucha de la Palabra de Dios en la vida de la Iglesia. Precisamente con esta atención a la Palabra se está revitalizando la tarea evangelizadora y la catequesis. Finalmente, concluye el Papa: “Alimentarnos de la Palabra para “ser servidores de la Palabra en el compromiso de la Evangelización, es indudablemente una prioridad para la Iglesia al comienzo del nuevo milenio”⁽⁶⁹⁾.

Los retos del presente, ciertamente, están reclamando que los cristianos sean personas con una fuerte experiencia de Dios; que vivan con radicalidad evangélica; que descubran seriamente su sentido de pertenencia a la Iglesia y que, al mismo tiempo, tengan clara conciencia de la identidad cristiana y compartan la vida y la fe en comunidades que permitan el contrate con el Evangelio, de manera que sean capaces de entender la Iglesia como una Iglesia para los demás, al servicio del mundo y del Reino.

En este momento trascendental y decisivo de la historia los laicos están llamados a hacer presente en el corazón del mundo valores como el diálogo, que ha de ser siempre cauce de comunión y de comunicación y solución de los problemas; a promover incansablemente la unidad como horizonte que permita integrar la diversidad y construir un mundo enriquecido por la peculiaridades y diferencias, siendo capaces de sentir lo de los otros como propio; a instaurar la fraternidad en el mundo de modo real, superando barreras y fronteras sociales, políticas, étnicas y religiosas; a poner en práctica el amor y la misericordia como camino capaz de romper la espiral de la violencia alimentada, muchas veces, por el orgullo y el honor herido, que reclama la venganza como respuesta. Palabras como perdón, misericordia, compasión con los pobres y los que sufren tienen hoy una profunda carga profética que los laicos han de encarnar en medio de los conflictos que hoy nos toca vivir.

Para llevar a cabo esta misión encomendada especialmente a los laicos, me parece que se puede afirmar que hay algo de providencial en el hecho de que justamente hoy, la Iglesia redescubra su constitutiva dimensión carismática, y que precisamente el Espíritu Santo haya dispensado numerosos carismas que tienen como protagonistas a los laicos. Tal vez, todo esto sucede para que la Iglesia pueda ser en esta decisiva transición epocal de la historia, lo

(69) *Ibidem*, p. 58.

que en realidad es por gracia y por vocación “sacramento de Cristo, es decir, signo e instrumento, de la íntima unión de Dios y de la unidad del género humano” (LG 1). En una palabra: signo testimonial creíble e instrumento eficaz del amor de Dios y de la comunión universal.

Si lo que el Espíritu ha querido decir a la Iglesia, a través del Concilio Vaticano II, es la idea fuerza de la comunión, entonces se comprende porque - como ha escrito Juan Pablo II en la *Novo Millennio Ineunte* - sea indispensable una *espiritualidad de comunión* que haga que la Iglesia llegue a ser existencialmente lo que ya es sacramentalmente. Ciertamente, en formas diversas y, no obstante, convergentes, me parece que se puede decir que las nuevas realidades eclesiales, muchas de ellas, nacidas en el mundo de los laicos, han surgido para realizar de forma vital la eclesiología de comunión propuesta por el magisterio del Vaticano II.

No es una casualidad que las nuevas realidades eclesiales hayan respondido a lo que Juan Pablo II ha definido “el gran reto que tenemos ante nosotros en el milenio que comienza, si queremos ser fieles al designio de Dios y responder a las profundas esperanzas del mundo: *hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión*”⁽⁷⁰⁾.

Un segundo y decisivo aspecto de la Iglesia del futuro concierne a su rostro laical. Lo cual no quiere decir oscurecer su estructural sacramental y jerárquica, por el contrario, significa poner de relieve su auténtico significado de servicio. El de ofrecer los medios de gracia necesarios para que Cristo, principio y forma de la humanidad nueva, haga que los cristianos sean sal y levadura del mundo.

La imagen de la Iglesia conocida en el segundo milenio se ha caracterizado, sobre todo en Occidente, como han mostrado los estudios de Y. Congar y H. De Lubac, por la dimensión jerárquica, institucional, normativa y racional. La eclesiología del Vaticano II y la recepción carismática de los movimientos eclesiales, sin negar la precedente, reclama la dimensión comunal, misteriosa, pneumatológica y agápica.

Se trata de realizar una especie de revolución copernicana, donde un laicado seriamente comprometido en el camino de la vocación universal a la santidad, gracias a la madura comunión con los pastores en la Iglesia, en la experiencia adulta y gozosa de la Palabra y de los divinos Misterios, pueda *testimoniar a Cristo*, salvación y plenitud del ser humano, en la multiplicidad de los aerópagos de nuestro tiempo.

(70) Cf. JUAN PABLO II, *No o Millennio Ineunte* 43, Madrid 2001, p. 43.

Mostrar a Cristo resucitado hoy en medio del mundo ¿no significa tal vez, el primado del ser sobre el hacer, de la confianza en el designio divino sobre el proyecto humano, de la vida sobre la idea, del servicio ante tantas formas ocultas de poder, de la Palabra de Dios y de la contemplación sobre la acción que sólo de ellas puede emanar, de la misericordia sobre el juicio, de la espera paciente sobre la prisa, de la mirada universal al cuidado asfixiante de lo particular, del amor recíproco como premisa de cualquier otra premisa para ser reconocidos como discípulos de Cristo sobre cualquier otra cosa?

La respuesta la debemos dejar al Espíritu Santo. Es necesario la apertura a la acción del Espíritu que empuja para poner nuestra mirada en nosotros mismos, o en nuestras hermosas experiencias o en nuestros agudo problemas, o sobre nuestros ideales o frustraciones como Iglesia para poder “remar mar adentro” (Lc. 5,4), para “salir también nosotros del campamento y andar hacia él” que “para santificar al pueblo con su propia sangre, sufrió fuera de la puerta de la ciudad” (cf. Hebr. 13, 12-13).

Sólo si atravesamos individualmente y como Iglesia, la puerta de la ciudad en la que habitamos cómodos y protegidos, descubriremos con estupor la realidad de la promesa: “Pues bien, he aquí que yo lo renuevo todo: ya está en marcha ¿no lo reconocéis? Sí, pongo en el desierto un camino, ríos en el páramo. (...) El pueblo que yo me he formado cantará mis alabanzas” (Is. 43, 19-21).

En este momento histórico concreto, decisivo para la Iglesia y para el mundo, resuenan hoy con más fuerza que nunca las palabras de los obispos españoles: “La nueva evangelización o se hará, sobre todo, por los laicos, o no se hará”⁽⁷¹⁾.

Policarpo Delgado Perdomo

(71) CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Cristianos laicos, Iglesia en el mundo*, Madrid 1991, p. 77.